

ilumine las conciencias é inteligencias de los hombres? Claro está que no.”

¡Cómo no! Vd. está diciendo que sí.

Dice vd. que los hombres ilustres han brotado de esa clase tratada con desprecio por los ricos, y luego pregunta: ¿puede ser esto, sin que el fuerte reconozca los derechos del débil? y se responde: “Claro está que no.”

Pues si claro está que no, ¿cómo han brotado?

D. Abraham, vd. va á volver bizco á su auditorio.

Y luego dice que Grecia *inspiró* á Herodoto su historia; y luego dice tantas cosas, tantas, que más vale dejarlas en paz.

Que vd. la pase bien, D. Abraham; para lo cual me parece preciso que siga vd. el manantial de su elocuencia.

(El Tiempo del martes 12 de Octubre de 1883.)

Triboulets, mirad en mí,
Lo que va de ayer á hoy:
Que ayer *tenebrario* fui
Y hoy ni *candelero* soy.

(Triboulet, en sus reflexiones sobre el pasado.)

DO creímos que la cosa fuera para tanto. El C. Juan se ha enfurecido por nuestras notas á su *apología* de las *ilustraciones*; el C. Juan nos grita, nos imprecá, nos hurla; el C. Juan se ha convertido en una plaza de toros. Rechina los dientes como un epiléptico. Los expendedores de estampas deben retirar de sus aparadores las de Leon XIII y otros Papas, porque el ciudadano aludido anda mordiendo Pontífices.

Como en las casas pobres van entrando de semana cada muchacha para *llevar* el gasto, así en la pobre ánima de este ciudadano van entrando las personas católicas.

Hoy amaneció de semana el Pontífice.

¡Válganos Dios con el mal génio del C. Juan!

En una vaciada que hizo pública *El Partido Liberal* del domingo, nos pone como sogá de marraño, á nosotros, á nuestros padres, á nuestros abuelos, á nuestros chosnos, y siguiendo por la raza española hasta nuestro padre Adán, y padre suyo, del ciudadano, por más que reviente.

Y todo ¡por qué!

Porque con este candor de católicos, de hombres que no tienen mundo, nos permitimos decir: "*nos quedamos*;" cuando el ciudadano dijo: "*ya se van*."

El ciudadano se ha enfurecido porque supone que lo desmentimos, que lo hicimos quedar mal; que cuando soñaba tenernos ya á más de veinte kilómetros de distancia, resulta que en vano compró los boletos, y dió tantas carreritas por arreglarnos el equipaje, y se le secó la boca á fuerza de darnos encargos para los de allá, pues á la hora de silbar el tren, dijimos: "siempre no; ¡qué vamos á hacer! quizá no nos asiente el temperamento;" y nos quedamos. Pero el ciudadano se equivoca; no ha sido nuestra intención desairarlo; simplemente hemos querido imitar á nuestros padres. También á nuestros padres en la fé los despachaban muy léjos á cada rato; primero los judíos, luego los emperadores romanos, luego Arrio, luego Nestorio, luego Lutero, luego Robespierre, y nunca quisieron irse. Es muy natural nuestra conducta: en lo que uno se cría en eso se queda.

Pero de tal manera se ha enfurecido el ciudadano, que en su vaciada del domingo, no sólo asegura que *ya nos vamos*, sino que, jurándolo, dice que *ya nos fuimos*.

Para que el lector no crea que hablamos de chanza, copiamos textualmente las palabras del ciudadano.

Dicen así:

"*El Tiempo* (pasado) censurando uno de nuestros artículos en que dijimos que el partido conservador se va, afirma que vive entre nosotros, que han pasado las administraciones de Juárez, Lerdo, Díaz y Gonzalez, y permanece aún en el terreno. Efectivamente, nos hemos equivocado al decir que ese funesto partido *ya se vá*, la verdad es que *ya se fué*."

Dos observaciones nada más tenemos que hacer al ciudadano:

1^o Que tiene usted un poco mojados los papeles en punto á historia del periodismo nacional.

El Tiempo, pasado, no tuvo la triste gloria de derrotar á usted.

Fué un periódico escrito por el Dr. Conto y otros eminentes literatos de su época, como Alaman, Aguilar y Marocho, etc.

De manera que en el país ha habido dos *Tiempos*: el *pasado* que redactaron aquellos señores, y el presente, humilde servidor de usted.

Primer disparate del ciudadano.
2º. Que no se dá usted con una piedra en los dientes. Al enumerar las cosas y personas que han pasado, mientras nosotros permanecemos, dije: pasó Juárez, pasó Lerdo, pasó González; *pasaron los baños Juveniles, pasaron las composturas de sus maquinas!* Y usted, de la manera más zócarona, omite en su artículo esto último.

Hizo usted mal. No crea que con el recuerdo de los juveniles quise hacer una pobre alusion á usted, su ex-propietario. Mi intencion estaba clara.

Quise decir: pasó Juárez con su bárbara reforma; Lerdo, con su salvaje y traidora persecucion; pasaron las adjudicaciones, (porque los baños están en terreno adjudicado, que usted, como heredero forzoso de la patria, se *adjudicó*.)

Como toda sociedad constituida necesita elementos materiales para subsistir, la secta masónica se imaginó que con el robo de los bienes de la Iglesia de México, ésta perecería.

Se pegó un chasco mayúsculo, y hé aquí por qué me pareció útil recordarlo.

Sigue el ciudadano desatándose en contra del partido conservador, y diciendo tantos disparates, que hoy vemos la justicia que tuvo D. Ignacio Altamirano, cuando un dia, con motivo del debate so-

bre la concesion al ferrocarril Central, contestando una especie de discurso del ciudadano, comenzó diciendo:

“Señores diputados:

“Nunca he oido tan grande número de disparates, en tan poco número de palabras.”

Para dar una idea á mis lectores del artículo del C. Juan, me basta decir, que cuantos crímenes se registran en las negras páginas de la historia liberalesca en México, se los cuelga al partido conservador. Pero así como el ciudadano sabe hacerlo, con la cara más fresca del mundo, con ese salero, con ese *aquello* con que despues de haber ensalzado á Lerdo y atacado cruelmente al general Diaz, se convirtió en porfirista; como despues de haber servido al Imperio se cambió en demagogo; y finalmente, con que ha sido juarista, lerdista, porfirista, gonzalista, romerista, y será jimenista y lo que Dios quiera, pero siempre *presidentista*.

Sangre más fría solo se necesita para escribir este artículo en que retratando al partido masónico escribí abajo: *este es el partido conservador*.

Por supuesto que la *inquisicion* no se hizo aguardar. Es la palabra toral del ciudadano. En ella descansan todos sus discursos. Se la he oido más veces que las que él se ha sentado en las curules de Iturbide. Jamás, que yo sepá, ha pedido la pa-

labra, aunque sea para una mocion de órden, que no saque á bailar el Santo Oficio.

Pero, en fin, cada uno es dueño de su boca, como yo lo soy de la mia. El ciudadano habla de inquisicion, y yo tambien voy á hablar de ella.

Accepto sin vacilar la inquisicion tal como los ciudadanos la pintan, con escándalo de la historia, por lo que hace á las mentiras; y voy á ocuparme en otra inquisicion, tal como los habitantes de la República la han presenciado, con escándalo tambien de la historia, por lo que hace á las verdades. No voy á remontarme hasta la horripilante historia de los crímenes de 93; ni siquiera á considerar en conjunto la de los liberales en México. Me limitaré á contar un cuento al ciudadano Juan.

Ha de estar vd., mi querido Juanote, para bien saber y yo para mal contar, que allá por esos tres años que dieron á una revolucion su nombre, andaba por esos mundos de Dios y de Puebla y de Tlaxcala, un tal Carbajal, liberal de cuenta y muy querido y considerado del *ex-benemérito* del mundo. Y ha de estar vd. igualmente en que un jóven español, de apellido Rubio, que á fuerza de sudor y trabajo habia hecho un capitalito de cienenta mil pesos, se propuso volver á su patria, ya que

México, por el que ha hecho vd. tantos *sacrificios*, estaba *inhabitable*. El jóven Rubio situó anticipadamente su dinero en España. Próxima ya su salida, Carbajal recibió aviso del *directorio* de México, y noticia de que el jóven viajero llevaba consigo valores por la cantidad expresada. Al sordo se lo dijeron, amigo mio. Carbajal se apresuró á emboscarse en cierto lugar llamado "Cerro Blanco," y al pasar la diligencia, diciendo y haciendo, se apoderó del Sr. Rubio, y con la misma autoridad con que vd. le exigia la peseta á los clientes de los juveninos, le exigió al plagiado la suma consabida. Este le manifestó que era imposible tal pretension, y aquí comenzó el Santo Oficio. Comenzó por mandarlo *echar pié á tierra* y obligarlo á que caminara al paso de las caballerías por todos aquellos andurriales. Llegada la noche, Carbajal hacia que el desgraciado Rubio la pasara en el inclemente despoblado, sin más abrigo que el que Dios nos dió á vd. y á mí: el pellejo. Así pasaron dos meses, en que el rigor del hambre (pues el Sr. Rubio fué declarado camaleon, y no comia más que lo que la clemencia de alguna soldadera le proporcionaba de vez en cuando), el rigor del sol durante unas horas; el del frío y el hielo durante otras; y probablemente el tener que pasar los rios á pié cuando iba sudando de fatiga, causáronle un reumatismo espantoso. Yo le ase-

guro á vd., ciudadano, que Neron se hubiera compadecido de aquel hombre. El frio de aquellos lugares por su densidad es cruelísimo. Y luego, ¿vd. ha visto á un reumático? Si la cola de un gato roza la silla en que está sentado, dá un grito de dolor; si se filtra un airecillo por la ranura de la ranura de la puerta, siente que le están aserrando las articulaciones. Es quizá la enfermedad más dolorosa. Digo que Herodes se hubiera compadecido de aquel infeliz; pero el Sr. Gral. Carbajal, que odiaba como vd. la Inquisicion, dispuso que el enfermo fuera atravesado en una mula, le amarraran las manos con un lazo crudo, y pasándole una gran sogá por los piés, tiraban brutalmente como de una cincha de carga. Y luego, ¿á subir y bajar barrancos, y á soportar el trote de la mula! aquel mártir que apenas podría soportar el golpe de una borla de armiño!

Así sufrió quince dias.

Al fin, con los espíritus vitales, llamó á unos *plateados*, y les rogó, derramando lágrimas, que le protegieran la fuga. Dijéronle que lo pensarían.

Volvieron á poco, y le manifestaron que aunque con mucho riesgo de sus personas, y solo compadecidos de su situacion, estaban dispuestos á favorecerlo; pero que debía ser inmediatamente, pues el jefe estaba entretenido en aquellos momentos.

Lo condujeron á una barranquilla, y allí le dijeron que se fuera como pudiera. Conocia el enfermo el alma depravada de aquellos, y les suplicó rendidamente que no lo fuesen á matar. Juráronle que no. A cada difícilísimo paso que daba el jóven, volvía á repetir su súplica con las lágrimas en los ojos. Pero hé aquí que euando habia avanzado como quince varas, aquellos demonios, por órdenes superiores, dispararon sobre el Sr. Rubio, que recibió los tiros por la espalda, y cayó muerto en el acto.

¿Qué tal, ciudadano! ¿Verdad que la inquisicion liberal es dulcísima?

Pero lo encantador del cuento está en el final. Sucedió que los hacendados del valle de Huamantla, entre los que figuraba un diputado constituyente, escribieron á Juarez, que estaba en Veracruz, manifestándole los horrores diariamente perpetrados por Carbajal. Contentísimos quedaron, esperando por momentos la destitucion y castigo de éste. Pero el ex-benemérito pensó de otro modo, y los dejó teniendo el cabestro al burro; pues en contestacion á la carta, mandó la banda de general de brigada á Carbajal.

Ya ve vd., Juanote, que la inquisicion aquella de marras, con la que tanta espuma levanta vd. en

su discurso, y hoy en su articulazo, se quedó en el a. b. c., y se quedaría con la boca abierta si resucitara y viera los progresos de esa inquisición novísima, reglamentada por Robespierre, y corregida y aumentada por los demagogos de México.

Pero ¿a dónde voy, si quiero seguir uno á uno todos los disparates del ciudadano Juan?

Por ejemplo, dice que "Iturbide, con mano trémula, estampó la cláusula postrera de su testamento político llamando á la casa de Borbon al trono de México," y á esto le llama "pretension ridícula."

Pero, ¿es posible que vd. cantor de Hidalgo, espete á éste tamaña sátira? ¿Es posible que vd., futuro historiador, ignore de tal manera la historia? ¿Pues cuál fué ¡oh Juanote! el pensamiento político que dominó durante los once años de la guerra, sino el de hacer reinar en México á algun príncipe de esa casa? "¡Viva Fernando VII!" exclamó Hidalgo la noche del 15 de Septiembre. Luego también Hidalgo fué un ridículo. Vd. ya se ha encontrado la mesa puesta; no ha tenido más trabajo que sentarse en la curul y jalar la quincena; pero aquellos lombres tenían que hacerlo, que crearlo

todo, y no es posible que adivinaran la manera perfectísima de darle á vd. gusto, de dejarlo contento, y de evitar el que cuando vd. se sentara á escribir, muy tranquilo, fumando un cigarrillo y charlando con los redactores del *Partido*, tuviera motivo para maltratarlos, tan cargado de razones y de quincenas.

Y en seguida el ciudadano prorrumpe, bufa, suada, ronca y hasta suelta disparates de este calibre: "el pueblo *adornaba* á gritos la Independencia."

Y dice pestes del clero y habla de las viejas, y por supuesto que á la fin y á la postre ¡salimos á lucir nosotros los monaguillos, los ratones de sacristía...! ¿Qué sé yo!

Pero vamos al corolario: la verdad es que cada uno juzga el pecho ajeno por el propio. Dice vd. que nosotros los católicos, con el Papa, nos hemos ido; y lo cierto es que vd. es quien se fué. Me cuentan que allá en otro tiempo uno que otro bobo le prestaba á vd. oídos. Aquel tiempo pasó. Hoy, valiéndome de una frase de vd., le diré: *es un cadáver que quiere acostarse.*

Aquellas palabras rimbombantes, llenas de sapos y culebras, ya no hacen fortuna. Aquella elocuencia de "noche de San Bartolomé, y frailes, y

monigotes," no pasa ya ni en los jacalones de Noviembre.

Los hombres aquellos de las fanfarronadas, se han ido con el bandolón á otra parte. Sobre todo, y ántes que todos, vd., D. Juan, ha doblado las manos. No me cuente vd. historias. Yo, con estas orejas que se han de llenar de tierra, he oído las rabiosas silbas que le han pegado á vd. las galeñas.

Cuando lo veía yo á vd. con su gransaco de dril, dirigiendo las obras de los Juyentinos, yendo y viniendo á las tiendas, á conseguir *menudo* para las rayas, me decía yo: "este hombre ha tenido el buen sentido de comprender que *ya pasó*, y que si bien poco hizo en la tribuna, algo más hará con la tina."

Desengáñese vd., ciudadano: "El Cerro de las Campanas," se vende en las Cadenas á 14 centavos el tomo, exactamente lo que pesa, más uno de las pastas. Ver subir á vd. á la tribuna, es preparar los oídos para una silba. Vd. mismo lo dijo en Noviembre: *Yo no puedo cantar sin acompañamiento*. ¡Quién sabe en el otro mundo! porque lo que es en este ya se quedó vd. para *verbigracia*.

Con que, ya verá quien es el muerto; si el Pontífice á quien recurre Alemania para salvarse de un conflicto, á quien Francia se somete, á quien ve-

nérans y obedecen ciegamente más de doscientos millones de hombres, ó vd., de quien ha dicho con tanta razon Frias y Soto: *mortus est qui non resollat*.

(El Tiempo del miércoles 13 de Octubre de 1886.)

XV

~~El Partido Liberal y el Partido Conservador~~

LÍQUIDACION de una soberbia cuenta de pifias dadas por el caballero de la triste figura de Guanajuato.

No es posible seguir en la prensa mexicana una polémica con la gravedad necesaria, mientras existan entre nosotros periódicos como *El Observador*.

Por supuesto que ya metió la cola en la discusión que iniciamos con *El Partido Liberal*.

Pero, hombre ¡quién le dá á vd. vela en este entierro? ¡Quién lo ha llamado á dar su opinión! Es preciso que sepa vd. urbanidad: los muchachos se están callados si las personas grandes no les dirigen la palabra. El rasgo más característico y más chocante también de un individuo vulgar es *colar* se en una conversación en que no se le dá parte.

¡Quién habla con vd.?

Nuestro artículo se intituló: *El partido porfirista y los católicos*; y usted es tan porfirista como yo gonzalista.

Si hubiéramos hablado con el partido *austero-sencilista*, ó con el partido de las haciendas y las casas, ó como ahora se dice, *gonzaleador*, ya tendría vd. motivo para exhibirse.

Pero no; solo á Tenorio y al hijo de Hamlet les ha ocurrido hablar con los muertos. El gonzalismo está más muerto que Adán, y aunque San Porfirio quisiera resucitarlo, lo más que podría lograr sería lo que el repetido Tenorio, juntarse con Doña Inés en el sepulcro.

Decíamos, pues, que ya *El Observador*, á quien mala la comparación ha puesto el General González en su azotea á guisa de *bull-dog*, rugió, por no decir otra cosa, desde Guanajuato.

¡Ah, pero sus pifias, como siempre, como siempre! No tienen capítulo segundo.

Sería un egoísmo imperdonable no convidar de ellas á nuestros lectores.

Recordarán, pues, lo que, relativo á la rehabilitación política de los católicos, dijimos en nuestro artículo antes citado, con motivo de otro que publicó *El Partido Liberal* referente al mismo asunto. Pues bien, al *Observador* estaba reservado hacer de caricato en esa polémica, y cumpliendo con su papel, dice:

“*El Tiempo*, interpretando á su favor, ó á favor de su partido, que lo mismo dá, la declaración del periódico que el Sr. coronel Villada diri-

je, pone inmediatamente condiciones á la gracia que el mencionado hace (*motu proprio*, como las decisiones pontificales) á los católicos mexicanos; y dice que éstos se dignarán aceptar el favor, siempre que las leyes de Reforma sean derogadas previamente.”

Resulta, pues, que según *El Observador* sería una gracia, un favor, la ciudadanía legal y efectiva de los católicos, que es todo lo que pedimos, sobre todo en el artículo mencionado. Pero la Constitución dice que es un derecho, un derecho sacrosantísimo la tal ciudadanía.

¡Pobre *Observador*, que comienza su carrera política y liberalcesca, sin haber leído siquiera el Código de 57!

Se servirá decirme el aprendiz de Nigromante, ¡quién les dió á los señores *observadores* título de propiedad sobre este país, cuánto les costó ó en qué barco vinieron, como suele decirse, para que en ellos sea un derecho lo que es un favor en nosotros!

¡Y luego dice que son sacerdotes los que redactan *El Tiempo*! Consecuencia: luego el Sr. García Pimentel es sacerdote, aunque sin más corona que la gloriosa de los insultos del *Observador*. Y agrega que queremos ser *diputados, senadores*, y quién sabe cuántas cosas más.

Pues la verdad es que si lo quisiéramos, estaría-

mos en nuestro más pleno derecho; pero no lo queremos, y la prueba es que no lo somos. Bastante llano y espacioso es el camino de la bajeza para llegar por él á donde se desea; en ménos que se lo cuenta á vd.; pues así como un platillo se llama *Chateaubriand*, y un sombrero, *Garibaldi*, y una capota, *Paola Marié*; la fama de ciertas bajezas ha llegado á tal punto, que hoy para indicar el piso bajo se dice: calle, fulana, número, tantos, piso ilustracion; (ó bien, piso..... N.....) tiene vd. su casa.

Pero no nos detengamos en pequeñeces, y vamos á lo bueno.

El Observador dá al *Partido Liberal* el descolor más furibundo que se haya dado en este siglo.

Dijo *El Partido Liberal*, de papel, que el idem de carne y hueso, aceptaba la colaboracion de los católicos "sin exigirles una coharda de apostasia." Furioso, celoso, dado á gestas, *El Observador* le dice á su colega: "¿y á tí quién te ha dado facultades para hablar en nombre del partido liberal; atrevido, pretencioso, majagranzas, zoquete! ¿Qué carta-poder te hemos firmado, disoluto! ¿Cuándo nos limpiaste las narices, imberbe? ¿De dónde sacas tus polendas, menguado! Tú tendrás derecho para invitar á los católicos á que trabajen en las oficinas de tu periódico, pero no para que nos vengan á quitar la torta y á poner el pié en el pesnezo. ¿No

consideras, bellaco, lo que sería de nosotros los liberales? ¿Con qué pagaríamos despues los *bacalao*s de la Concordia, con qué los *cock-tails*, con qué los simones, etc., etc.; ni qué sería de estas manos *tersas* como el pétalo de un lirio, como las de una dama, y de estos brazos que no han levantado jamás otro peso que el de las quincenas! ¿A dónde nos desbarrancas, furioso!"

Esto dice *El Observador* á su colega, muy cargado de razones, y á vuelta, por supuesto, de hipocresías tan ramplonas como ridículas.

Allá se las entiendan, que hartos disgustos tenemos con lo nuestro para meternos en cosas ajenas. Pero, eso sí, la piña no puede ser más clásica, porque ella denota que en el partido liberal cada cual piensa por su lado, y que no existe esa unidad famosa de que el otro día nos hablaba el de Guanajuato.

Pero dijimos mal; aún hay otra piña, junto á la cual estorta y pan pintado la anterior.

Oigan ustedes:

"La segunda razon es que ha sido mal interpretada por *El Tiempo* la frase de *El Partido Liberal*. Por católicos, indudablemente que ese periódico no entiendo conservadores, ó por mejor decir, reaccionarios, porque tienen esas palabras sentido diferente."

¡Qué barbaridad!

Pero digo yo: ¿con qué conciencia se embolsan estos señores el dinero de la subvencion, sin tomarse á lo ménos el trabajo de leer aquello sobre lo que escriben?

Justamente *El Partido* no habla de católicos sino de conservadores; así con todas sus letras.

Nosotros fuimos los que hicimos extensiva la cuestion á todos los católicos.

De modo que los redactores del *Observador*, sin leer el artículo del *Partido*, se ponen á decirnos que lo hemos interpretado mal, pues hablaba de católicos y no de conservadores.

¡Hay algo más ridículo!

Señor general Gonzalez: tome vd. la leccion á los *observadores* antes de que escriban, porque están *observando* mal, y ya esto está picaudo en historia.

No sea vd. indulgente. Con un coseorron bien dado, á lo sargento, se enseñarán á no ser modorros.

¡Qué será esto de no más andar gastando faucha todo el dia, y que el periódico se lo lleve *candinas*!

¡Creen ustedes que ya las pifias acabaron!

Pues no, apenas comienzan.

Dice, pues, que el partido liberal aceptaría gustoso á los católicos que sin abandonar su fé tam-

poco quisieran llevar la religion á la política, ni hacer de ella una bandera civil; que de estos católicos (*aceptables*) se forma la mayoría de la nacion.

¡Alma de cántaro! ¿pues no es eso lo mismo que nosotros hemos propuesto? ¿no es eso lo mismo que en el artículo de que vd. se ocupa, pedimos?

No lo leyó vd. tampoco, alma de cántaro, siquiera porque iba á refutarlo; si lo hubiera usted leído, habría visto como citamos el ejemplo de los Estados Unidos, en donde el Estado es creyente *sin referirse al dogma de religion determinada*. Y para no estar haciendo extractos, oiga vd. lo que dijimos en el artículo que vd. sin haber leído refutó. (Número correspondiente al 17 de Octubre, plana 2ª, columna 4ª):

“*El Partido* no quiere que la religion se lleve al *Estado*; tampoco nosotros que al *Estado* se lleve el ateísmo, ni la persecucion de religion alguna. Si ellos no quieren que la Religion domine en el Poder, tampoco queremos que el Poder domine á la Religion.

Podemos, pues, juntarnos en un terreno que LA LEY NI FAVOREZCA NI PERSIGA á la Religion.

“Nosotros ya hemos cedido cuanto nuestra fé y nuestro Pontífice nos permiten ceder. Justo es que el bando contrario ceda igualmente.

"Hagamos lo que han hecho los Estados Unidos. Allí el Estado es creyente, sin referirse oficialmente al dogma de religion alguna, sin perseguir ninguna creencia ni poner límites á sus necesidades. Con esto nos conformamos nosotros y se conforma el Papa."

Esto dijimos; y usted, para refutar esto, dice que *El Partido Liberal* está dispuesto á aceptar á los católicos que no quieran que la religion se mezcle con la política.

¡Pero entiende usted lo mismo que está hablando!

Señor general, otro coscorrón.

¡Oh, si se pudiera sacudir un cintarazo!

¡Atencion!

Aquí sigue lo gordo, lo supino de la ignorancia, la apoteosis del cinismo.

El protagonista, ó sea *El Observador*, habla:

"Las leyes de Reforma, contra las cuales tanto clama el partido clerical, ~~no~~ á ningun punto del dogma católico se oponen."

Muchas pudiéramos citar; pero como basta con una, oigan ustedes.

Ley de 10 de Diciembre de 1874:

"SECCION V.

"Art. 22. El matrimonio es un contrato civil, y tanto él como los demás actos que fijan el estado

civil de las personas, son de la *exclusiva* competencia de los funcionarios del órden civil en los términos prevenidos por las leyes, y tendrán la fuerza y validez que las mismas les atribuyan."

Ahora, oigan igualmente lo que dice el Concilio de Trento. (Seccion XXIV, canon I) "Si alguno dijere que el Matrimonio no es verdadera y propiamente uno de los siete sacramentos de la ley evangélica, establecidos por Cristo Nuestro Señor; sino introducido por los hombres en la Iglesia, y que no confiere gracia, sea excomulgado." (Anathemasit.)

Ya vd. vé que ni sabe lo que dicen las leyes de Reforma; ni ménos lo que cree y manda creer la Iglesia á los fieles.

Y luego se indigna *El Observador* porque aseguramos que nos da lástima. Pero diga el lector si con un *sopla vivo* de estos no hay para que un periódico (á serlo) se muera de vergüenza.

Unos liberales que no saben ni en qué consistiera serlo, que no saben ni en qué se opone su secta á nuestra fé!

¡Válgame Dios!

Por supuesto que nunca ha de faltar el *cinismo*, que es la espuma y gala del *Observador*.

Dice en seguida muchas cosas, entre ellas, que la nacion apoyó al partido liberal, "de otra manera no hubiera triunfado éste."

Hablamos de este asunto como hablaríamos de la guerra carlista en España, esto es, como simples espectadores; pero no podemos tolerar la desvergüenza: si al que un Iscariote vendiera la plaza de Querétaro le llama *El Observador* "apoyo de la nación al partido liberal;" si á eso le llama *triumfo* y no cobardía, y no infamia, y no impotencia; si al apoyo de los Estados Unidos, que no querían ver levantarse junto á ellos una nación poderosa; si á las órdenes del gabinete de Washington para que los franceses desocuparan el país, si al robo de los bienes del clero, si á los crímenes de Carbajal y comparsa le llama apoyo nacional, es cuestion del vocabulario del cinismo.

Los que sabemos que la nación, justamente por ser católica, detesta á la secta liberal, y que si no fuera porque con ayuda de vecinos repican los agustinos, ya estarían mis amigos contándole la historia á Moya.

A semejantes pifias y barbaridades se reduce el articulo del que *observa* sin saber leer ni entender.

Advertirémos que no nos ufanamos del triunfo: darle de azotes al *Observador*, es cosa que puede hacer cualquiera..... cualquiera; vamos, el que pasa por la calle.

(*El Tiempo* del martes 26 de Octubre de 1886.)

Don Ricardo Escudero de Gonzalez, tocayo, como se vé, del famoso payaso de Orrin, era bizco, no obstante lo cual tenía el atrevimiento de ser galante, y la frescura de presentarse en las reuniones, áun cuando no lo consideraran, que era lo más frecuente.

Un día, Don Ricardo *se entró* á cierta tertulia, y tomó parte en un corrillo donde alguien llevaba la palabra.

Todos decían para sus adentros: "¿y éste, qué quiere!"

Y todos comenzaron á *observar*, hasta concluir por mortificarse, porque el orador á todos iba alternativamente dirigiendo la mirada, y con ella la frase, ménos al Escudero de Gonzalez, á quien saltaba cada vez que debiera tocarle su turno.

Pero á esta pena de los demás correspondía una grande satisfaccion de Don Ricardo, porque era pretensioso, y además, era bizco, y veía, desviando la mirada del interlocutor, que solo á él se la